

Pablo Neruda en Quintero

S. 26 X 71

por FRANCISCO COLOANE

Vamos llegando a Quintero. Es el 21 de octubre, pleno sol, pleno océano, plena primavera en la costa. Me bajo del bus y cuando atravieso la calle dos amigos, Villegas y Galleguillos, me hacen señas desde la "Posada colonial". Es para invitarme a comer unas "calugas" y tomar un trago de vino. Así llaman en el puerto a pequeños trozos de pescado frito. Al entrar, nos recibe la voz de Pablo Neruda desde una radio de Valparaíso. Está terminando de recitar un poema y sólo alcanzamos a escuchar "como un náu frago"...

Villegas, el dueño de casa, trae la radio portátil a la mesa. Aunque estábamos preparados, nuestro corazón se sobresalta: La radio comunica que han dado el Premio Nobel de Literatura a Pablo Neruda. Recita otro poema, "Mamadre". Luego entrevistan a la poetisa Sara Vial. Reconstruimos sus palabras a retazos: "Lo conocí en 1955 gracias a Mori. Creo que a fuerza de tenerlo tan cerca no veíamos a Pablo Neruda. Ahora el Premio Nobel nos lo muestra entero a todos los chilenos. Los poetas no siempre son bien comprendidos. Recuerdo una anécdota, por ejemplo, cuando fundó el Club de la Bota en un bar alemán de Valparaíso. Cuando compró "La Sebastiana", su casa en forma de puente de barco en lo alto de un cerro, donde le gusta alegrar a sus amigos. Nadie sabe que fue Pablo, quien fundó el Comité de la Defensa de Valparaíso. El presidió ese comité, y como la gente, con cierto escepticismo muy chileno, se preguntara ¿por qué la defensa de Valparaíso? Neruda en un discurso lo explicó: "Hay que defender el alma de esta ciudad", y contó cómo vio en Europa ciudades arrasadas por la guerra que pudieron ser reconstruidas gracias a que sus habitantes habían guardado su alma en archivos y museos".

Luego se oyó por cadena nacional la voz del compañero Presidente: "Es la victoria de Chile y de su pueblo y además de América Latina... es traer el recuerdo de esa mujer que también alcanzara el Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral, y señalar que en el trasfondo de la obra de ambos hay un profundo contenido humano y social... fue mi compañero en los combates populares, en muchas giras en el norte, centro y sur de Chile... Siempre recordaré con emoción cómo el pueblo, que oía nuestros discursos políticos, escuchaba en un silencio expectante la lectura que hacía Pablo de sus versos. Qué bueno fue para mí ver la sensibilidad del pueblo y cómo los versos del poeta caían en el corazón y la conciencia de las multitudes chilenas".

El dueño de casa llama a su hijo, Edwin, (se ve que por los nombres somos "los ingleses de América") y le pide que recite un verso de Neruda. El niño tiene diez años. Vacila. Nolfia, su hermanita de siete, se pone a su lado como para darle fuerzas. El niño hace la correspondiente venia escolar y ya tomando pecho empieza:

MARES DE CHILE

Mar del desierto norte, mar
(que golpea el cobre
y adelanta la espuma hacia
(la mano
del áspero habitante solitario,
entre alcatraces, rocas de
(frío sol y estiércol,
costa quemada al paso de
(una aurora inhumana.

Mar de Valparaíso, ola
de luz sola y nocturna,
ventana al océano
en que se asoma
la estatua de mi patria
viendo con ojos todavía ciegos.

Mar del Sur, mar, océano,
mar, luna misteriosa,
por Imperial aterrador de
(robles,
por Chiloé a la sangre ase-
(gurado
y desde Magallanes hasta el
(límite
todo el silbido de la sal, to-
(da la luna loca,
y el estelar caballo desbocado
(del hielo".

De pronto, Villegas nos recuerda con voz autoritaria la frase de Arturo Prat: "¿Ha almorzado la gente?", lo dijo antes de entrar al gran combate, agrega. Estamos a media cuadra de su monumento, y más al norte, sobre un "menhir", un medallón de Lord Cochrane mira hacia el mar. Nos han traído las calugas, luego unas lapas apañadas y una botella de Santa Rita navegado. Nosotros también empezamos a navegar la tarde hasta que la noche llega y aferra sus velas de blanco, y una luz sumergida empieza a invadir los mástiles del puerto de Quintero.

Al día siguiente me despierta el fino capto de un chercán. Hemos soñado: un lagarto se asoma por mi ventana en ruinas con el último terremoto. Despierto. No, no es un lagarto, es un mohais de la Isla de Pascua tallado en madera de tolimiro. Está puesto en una rendija de la ventana para ocultar el papel con que he taponeado el hueco para que no entre el viento. Tiene un collar de conchas atravesado en la panza y un ojo redondo, de pupila negra y otra concha que le hace de aureola blanca. Eso es, ese ojo prehensil que se desprendió en mi sueño y vino a despertarme como si fuera un lagarto, ese reptil verde y negro, de cola macheteada, que aparece en los roqueros de la costa en los veranos. Abro un tomo de sus "Obras completas" para una selección en la que estoy trabajando, y me encuentro azarosamente con:

CHERCANES

Minúsculos, amados, venid a
mi cabeza.
Anidad en mis hombros en
(los que pasea
el fulgor de un lagarto, en
(mis pensamientos
sobre los que han caído tan-
(tas hojas,
oh círculos pequeños de la
(dulzura, granos
de alado cereal, huevecillo em
(plumado,
formas purísimas en que el
(ojo
cetero dirige vuelo y vida,
aquí, anidad en mi oreja, des
(confiados
y diminutos: ayudadme;
quiero ser mas pájaro cada
(día".

No es la primera vez que me ocurren sueños premonitores con la poesía nerudiana. Pienso que toda nuestra naturaleza está traspasada de ella o viceversa. A veces irrita, sobre todo a los escritores que también trabajamos con imágenes. Pablo Neruda ha sido siempre un violador, un intermediario entre nuestra inocencia o ignorancia con que nos apropiamos naturalmente de nuestras cosas. Leyéndolo surgen otras formas de apropiaciones y no podemos escapar a su influencia. De pronto, viendo "un ave llano eléctrico" uno se encuentra alumbrando a toda nuestra selva del sur con su linterna mágica. Y si se descuidada se empieza a hablar a lo Neruda, pensar a lo Neruda,

escribir a lo Neruda, y, por fin, amanerándose a lo Neruda. El crítico Alone ha encontrado influencia nerudiana hasta en una novela de Manuel Rojas. Cuando viajábamos con Manuel como jura dos de la Casa de las Américas, a Cuba, se lo pregunté y se quedó silencioso, como irritado. En ese tiempo ya estaba trabajando en la selección de poemas de Neruda y también le pregunté si que le parecía la novela "El habitante y su esperanza". "¡Eso no es novela —me respondió Manuel, y agregó—: ¡Todo lo que escribe Pablo Neruda es poesía!

Yo no sé, he vivido en una inteligente ignorancia, y sólo ahora soy uno más de los que están aprendiendo a leer a Neruda. "El habitante y su esperanza" lo leí cuando tenía dieciocho años, en Punta Arenas, a la orilla del Estrecho de Magallanes, y aunque no la entendía muy bien, "sus oscuras boleadoras de viento" me han quedado dando vueltas toda la vida en la cabeza. Han pasado más de cuarenta años, y cuando leí su último libro, "La espada encendida", encontré un poco fantástica esa especie de apocalipsis y génesis bíblico sin Dios, de nuestro lejano sur; pero al tiempo sobrevino la catástrofe de "Los Huemules", el cerro del Aisén que se le creía un ventisquero, y de pronto, brota del corazón del hielo milenario un volcán que durante semanas estuvo arrojando piedras ardientes, lavas y cenizas que asolaron el vallé de Los Huemules, uno de nuestros más hermosos animales que se está extinguiendo. Allí en esa catástrofe una pareja humana perdió a sus dos pequeñas hijas sepultadas en la lava. Ellos mismos se perdieron. Después padre y madre se encontraron, y cuando una lancha de salvamento llegó al lugar donde habitaron, sólo había un perro ladrando entre los hielos, llamado "El roto", como un vestigio simbólico de la fuerza de la vida y de nuestro pueblo.

Quien lea "La espada encendida" encontrará todo eso magnificado por la grandeza profética del poeta. ¿Fue un sueño premonitor el que le dio los materiales para su última creación o es nuestra propia naturaleza volcánica, tragica, de terremotos y maremotos, la que ha traspasado la sensibilidad del poeta?

Esto tal vez no lo sabremos nunca; como muchos durante años lo ignoraron, hasta no permitir que su nombre apareciera en cierto diario...

Ahora todos nos enorgullecamos con este segundo Premio Nobel de Literatura con que se ha condecorado a Chile. El primero, la Gran Gabriela, fue asimismo ignorada muchas veces, y combatida, sobre todo cuando escribió su famosa "La palabra maldita". Cuando Pablo Neruda escribió su "Yo acuso" muchos lo negaron. El resplandor de su poesía y de su verdad traspasa hoy a todo Chile, y se iluminarán los rostros de júbilo y de orgullo, y otros se sonrojarán de vergüenza, como los de aquellos que en el Senado de la República votaron en contra de su designación de Embajador de Chile en Francia. Hace un año, esos "nacionales" no lo consideraron digno de representarnos en la patria de Victor Hugo. Ahora ellos no son dignos de ser presentados por nuestro premio Nobel de Literatura.